

INSURRECCIÓN CULTURAL

Jonathan Nossiter

INSURRECCIÓN CULTURAL

Vino natural y agri- cultura
para SALVAR el mundo

Escritura y búsqueda
para la edición en
francés con Olivier Beuvelet



Ediciones Piloto de Tormenta
www.pilotodetormenta.com.ar

Nossiter, Jonathan
Insurrección cultural / Jonathan Nossiter. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires Piloto de Tormenta, 2018.
256 p. ; 21 x 14 cm.
Traducción de: Cristian De Nápoli.

ISBN 978-987-4410-05-4

1. Vino. 2. Cultura y Sociedad. I. De Nápoli, Cristian, trad. II. Título.
CDD 306.4

Título de la edición original:

Cultural Insurrection: Natural Wine and Agriculture to the Rescue

© Jonathan Nossiter

Escritura y búsqueda para la edición francés con Olivier Beuvelet.

Arte de tapa: "Vaca AW" por Juan Pelizzatti

Traducción: Cristian De Nápoli

Asistencia conceptual y técnica: Matteo Acme

Corrección y edición: Federico Docampo

Diseño y diagramación: Nicolás Gil

Ediciones Piloto de Tormenta

www.pilotodetormenta.com.ar

info@pilotodetormenta.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ÍNDICE

Introducción a la edición en español	11
Palabras preliminares	15

INSURRECCIÓN CULTURAL

1. El nuevo infierno cultural (desterrado del Purgatorio)	21
2. Historia (de amor) de una película personal	29
3. La limusina y el tractor	41
4. El artesanista	49
5. El agro-artesanista	59
6. Mente y cuerpo	63
7. Retratos del artesano adolescente	69
8. Artista, artesano... ¿Artisanista?	79
9. El tiempo de los profetas	89
10. Juego de suma cero	99
11. Quimera química	107
12. La revolución verde (de un verde demasiado oscuro)	115
13. Cuando se cruzan intereses cruzados	127
14. El vals de las bacterias (o como cantó Joni Mitchell: "el peligro de los benefactores y la bendición de los parásitos")	133
15. Una rebelión ética	141
16. Biodinámica	149

17. Dinámica simple	157
18. Fenómenos urbanos	167
19. Química, capitalismo y amistad	175
20. Vinocopy	179
21. Los italianos lo llaman "sterco"	187
22. Los "ruripolitas"	193
23. Agri-cultura	199
24. En la raíz de la cultura	205
25. Cultura	213
26. En busca de la dirección (natural)	221
27. El grial de la autenticidad	233
28. La entropía y sus desprecios	241
29. Final feliz	247

Este libro existe en español gracias a la generosidad insurreccionalista de Juan Pelizzatti y de su “Sancho Panza”, Matteo Acchè. Si hubiese más personajes quijotescos como Juan, todos los campos de todos los agricultores del mundo serían trabajados por caballos como Bucéfalo... o por lo menos Rocinante.

J.N.

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Lo que significa la insurrección en un país no se aplica necesariamente a otro. Una insurrección en Brasil, por ejemplo, solo puede ser una rebelión racial. Para los franceses, por su naturaleza, las insurrecciones comienzan y terminan con posturas intelectuales. En Italia, hay solo insurrección: permanente, anárquica. Es al mismo tiempo liberadora para el individuo y desconcertante para cualquier grupo. En los Estados Unidos, una verdadera insurrección solo puede ser decidida por los mexicanos y los canadienses.

¿En Argentina? Nadie que no sea argentino se atrevería a decir.

Pero este libro aborda la insurrección como un fenómeno cultural y ético. Por lo tanto, por la naturaleza de la cultura, es universal.

A pesar de la marginación vertiginosa que sufre en todas las sociedades, la cultura sigue siendo la fuerza más poderosa para reinventar las relaciones no solo entre los seres humanos, sino también con nuestra relación con la naturaleza. Porque el desprecio contemporáneo por nuestro lugar en la naturaleza está íntimamente ligado a nuestro desprecio por el valor de los gestos civilizadores del arte, el aprendizaje y la búsqueda de la belleza. La desintegración social y política son sus únicos frutos.

Pero el fenómeno de los ex productores culturales urbanos (maestros, fotógrafos, escritores, entre otros) creando una coalición de resistencia con los agricultores artesanales,

en el campo de batalla de la agricultura, ofrece algunas esperanzas concretas para todos nosotros, habitantes urbanos y campesinos por igual.

Lo que comenzó en Italia y Francia hace aproximadamente veinte años y permaneció durante mucho tiempo como una insurrección francoitaliana se ha extendido a los confines de España, Portugal, Argentina y Chile. Incluso a los Estados Unidos y Australia. Hay signos de un despertar cultural entre los viticultores de vanguardia de todo el mundo.

Pese a una larga historia de producción de vinos distintivos en Argentina y Chile –tengo recuerdos de haber bebido vinos ferozmente originales de Mendoza, Cafayate y el valle de Maipú en los años 1970 y 1980 en Nueva York– los últimos treinta años en los Andes han sido desastrosos para cualquier buscador de expresiones indígenas del vino. La agricultura de América del Sur capituló ante los gigantes agroquímicos de América del Norte, creando la mayor concentración de tierras devastadas por el monocultivo en el mundo. Brasil y Argentina juntos representan un asalto ecocida a la naturaleza sin igual en ninguna parte. No es de extrañar que el estilo dominante en la elaboración del vino durante los últimos treinta años en Argentina y Chile también haya representado una capitulación ante las fuerzas químicas homogeneizadoras de la práctica agrícola en general. Todas esas expresiones distintivamente terrenales del *terroir* andino desaparecieron tras un muro de imitaciones hollywoodenses de la violencia contra el hombre y la naturaleza. Los vinos vigorosos y penetrantes se volvieron dulces, apestosos, densos e increíblemente idénticos. La prensa del vino de Estados Unidos, siempre interesada en promover valores «estadounidenses», festejó la capitulación cultural de los viticultores argentinos y chilenos al modelo norteamericano como una celebración de la genialidad del merca-

do libre y el progreso tecnológico. Desafortunadamente, hubo pocos que resistieron al llamado de las sirenas del dinero rápido y la celebridad mundial (puesto que estar en la portada de una revista de vinos norteamericana o británica representaba fama y gloria).

Pero a medida que el movimiento del vino natural ha ido arraigando en todo el mundo como un fenómeno cultural y económico, hubo un despertar de los productores de vino a la urgente necesidad de reconsiderar su relación con la naturaleza en su conjunto. Esto ha significado no solo limitar sus esfuerzos a “volverse orgánico”, sino también abrazar el compromiso más riguroso de la agricultura natural y biodinámica. Desde un bar de vinos renegado en Palermo, Buenos Aires, *Las Divinas*, dirigido por un joven francés entusiasta del vino natural argentino, hasta un artista plástico como Enrique Villalobos en el valle de Colchagua, que acompaña la fermentación de vides silvestres directamente en el suelo de un bosque, allí están los signos alentadores de un renacimiento andino cosmopolita.

Jonathan Nossiter

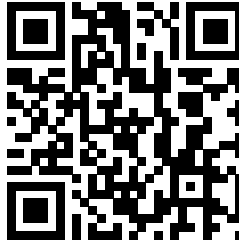
PALABRAS PRELIMINARES

Si bien estábamos familiarizados con su controversial obra cinematográfica y literaria alrededor del vino, tuvimos oportunidad de conocer a Jonathan Nossiter en noviembre de 2017, cuando lo invitamos a Mendoza a participar del 7mo Seminario de Viticultura Biodinámica. Su energía, su profundo respeto por la cultura y la agri-cultura, su carisma y su finísima ironía crítica del mundo que nos toca vivir, nos enamoraron, nos inspiraron. Comenzamos a creer que valía la pena exponer y exponerse, luchar desde lo que hacemos cada día por un mundo más libre, más diverso, igualitario y, sobre todo, más honesto.

Como puntapié inicial de esta pequeñísima resistencia, decidimos publicar en Argentina su último libro, *Insurrección Cultural*. Retomando la más pura tradición marxista (la de Groucho, como le gusta decir a Jonathan), este libro completa al film *Mondovino* con una visión esperanzada y simple de una agricultura más libre y social, un verdadero nexo entre naturaleza y comunidad. Y de cómo el pequeño ejemplo del vino natural señala alternativas para un rescate de la cultura frente al avance del mundo del consumo.

En el contexto de una viticultura argentina cada vez más corporativa, cooptada por la “sociedad del espectáculo”, el divismo y la charlatanería este libro nos pareció un aporte esencial. Por otra parte, los lectores de este libro tendrán la posibilidad de acceder también al film *Resistencia Natural* (*Natural Resistance*, 2015) de Jonathan Nossiter.

Para verla, solamente tienen que escanear el código QR que encuentran aquí *



El documental nació gracias a una “fermentación espontánea”, como lo describe el mismo director, durante una reunión de amigos y viticultores naturales en un hermoso ex-convento convertido en bodega en Toscana. Con una mirada poética y realista a la vez nos cuenta los desafíos y la postura ética y estética de estos auténticos revolucionarios italianos. Nos parece el complemento perfecto de *Insurrección cultural*, y auguramos nuevos incentivos, “nuevas fermentaciones naturales y rebeldes” en nuestras latitudes.

Juan Pelizzatti
Matteo Acchè

* En caso de que el dispositivo electrónico no llegara a escanear bien el código QR (o bien, que el código no funcione correctamente), por favor, tipear esta dirección para acceder al film.

<https://vimeo.com/291559142/044548ab6e>

INSURRECCIÓN CULTURAL

Este libro está dirigido a todas aquellas personas a las que el vino nunca les resultó un tema de interés. Pero también está dirigido a los amantes del vino. Si usted es de los primeros, simplemente le pido que se figure al vino como una metáfora *radical* –es decir, profundamente enraizada– de la cultura, las artes y la política. Si en cambio es de los últimos, lo que le pido es que se desentienda de lo que ya sabe (o cree saber) sobre la estética del vino y se disponga a imaginárselo como una metáfora radical... de la cultura, las artes y la política.

Como soy un director de cine, se supone que mi interés en el asunto ha de ser cultural. Pero antes que cineasta soy un ciudadano (lo soy, en un sentido legal, de dos países, Estados Unidos y Brasil, y en un sentido biográfico lo soy también de Francia, Italia, Grecia e Inglaterra). Y para cualquier ciudadano de este siglo XXI, de cualquier país, las cosas tienen por debajo de su interés cultural una dimensión más honda que necesariamente condiciona y hasta se impone sobre las otras: la preocupación ecológica-existencial. Así, de cara a cierta paradoja –que tiene que ver

con el modo en que el estado *terminal* de la agricultura ha despertado la dichosa reacción de una periferia utópica de hacedores de vinos—, este libro propone un reimaginarnos ciertas cuestiones estéticas, políticas y culturales como ante todo, y en esencia, cuestiones ecológicas. Al tiempo que invita a lo complementario: a pensar todo aspecto del medio ambiente como algo inseparable de la cultura y la estética, y también de la política.

I. EL NUEVO INFIERNO CULTURAL

(desterrado del Purgatorio)

En 1974, un año antes de que fuera asesinado, Pier Paolo Pasolini –cineasta que rompió tantos tabúes, poeta, narrador, periodista, antifascista incansable y uno de los últimos intelectuales genuinamente públicos del mundo– fue invitado por la RAI, el canal de televisión del Estado italiano, para que contara su paso por Sabaudia, la ciudad-modelo fundada por el fascismo en la península. Aunque los productores del canal seguramente esperaban que el invitado hablase en contra del planeamiento urbano fascista, también sabían que Pasolini era un hombre libre en grado sumo, libre hasta de sus propias adscripciones y tendencias: una auténtica encarnación del coraje intelectual. Así, en las tomas donde lo vemos recorrer aquella ciudad costera emplazada unos ochenta kilómetros al sur de Roma, escuchamos a Pasolini decir: “No hay nada fascista en esta ciudad-modelo. Los edificios se construyeron a una escala humana. Uno se siente en armonía en cualquier rincón de este lugar”.

Los camarógrafos y el resto del staff, todos llamativamente atentos hasta con el menor de sus gestos, lo siguen cuando rumbea hacia las dunas de la orilla. Mientras el viento de febrero le da a su pelo un vaivén dramático, Pasolini mira a cámara y se dirige al espectador. Pero también les habla a los que lo filman y entrevistan, sus colegas. No estamos ante el tipo de intelectual que condesciende a hablar con “la gente” o los operarios. Se trata de un poeta hondamente compasivo, que siente terror ante el mundo y le pide a toda alma sensible a su alrededor que se atreva a repensar lo que ve. Su intensidad y su instintivo igualitarismo producen una intimidación entre el espectador y el actor en pantalla diferente de cualquier discurso dirigido a cámara de esos que tanto acostumbra a arrojarlos el lente esterilizante de la TV. “Entonces yo pienso esto: que el régimen fascista no fue otra cosa, en conclusión, que un grupo de criminales al poder. Pero ese grupo de criminales no pudo hacer nada, no logró hacer mella en la realidad italiana”. “Ahora, en 1974, sucede lo contrario. Nuestro régimen es democrático, etc., etc. Pero esa homogeneización que el fascismo no logró producir en absoluto, el poder de hoy, el poder de la civilización del consumo, la logra a la perfección”.

¿Qué nos diría Pasolini hoy, a cuatro décadas de su muerte, sobre el estado actual de la cultura? ¿Existe en algún lugar una emisora nacional de TV dispuesta a darle a su mayor audiencia, en horario central, la palabra de un poeta renegado? ¿Quedan artistas e intelectuales que puedan alzar su voz en el centro de un foro tan extenso como el que la televisión podía recrear en 1974, o en una suerte de *agora*, de mercado de ideas y comercio, como la de Atenas hace dos mil quinientos años, en el despunte de la democracia? ¿Qué ocurrió con la condición de intelectual público? ¿Cómo este se dirige hoy al público general?

¿Cómo hace para inyectarle cultura a la vida por medio de declaraciones signadas por una libertad subjetiva? ¿Qué tribuna popular se le reserva para que pueda expresar la cultura como un gozoso laboratorio de formas estéticas, pero también como un lugar donde cuestionar los mecanismos del poder, donde garantizar nuestras libertades subjetivas? La infinita compartimentación de internet es una de las varias evidencias de que esto ha pasado a ser algo virtualmente imposible.

El sueño de todo Estado totalitario siempre ha sido el de silenciar e invisibilizar a los artistas. Por la naturaleza de su actividad, los artistas son incontrolables. Esto los vuelve el más claro contrapeso al ejercicio del poder. Pasolini fue un pionero en comprender cómo la omnívora sociedad de consumo se las ingenió subrepticamente, en ocasiones hasta involuntariamente, para realizar aquello que en el fascismo no pasó de un sueño. La sociedad de consumo, occidental en su expresión y norteamericana en su conducción, esa sociedad que se implantó en Europa con el Plan Marshall después de la Segunda Guerra y se acabó de conformar más tarde, en los años ochenta, a nivel global, es la única sociedad donde se plasmó el sueño totalitario de un paisaje público depurado de actores culturales, un escenario donde la cultura queda reducida a un papel acabadamente ornamental dentro del espectáculo y el entretenimiento, una mera dimensión más del consumo. Mucho antes de Trump, en efecto, se parapetó esa visión de la cultura como un consumo, donde lo que acaba consumiéndose no es sino la cultura misma. La existencia de hombres como Trump es solo el resultado lógico de ese proceso.

Pero si la cultura dejó de ser en Europa y en toda América aquel agente de libertad que una vez fue; si los artistas ya no tienen el acceso al escenario público del que, toda-

vía, gozaban en los años '70, se hace forzoso preguntarnos, también, en qué medida esos mismos artistas colaboraron con su propio exilio. Siguiendo este planteo, ¿cuántos de aquellos que trabajan en el sector cultural se animaron a cuestionar genuinamente, poniendo incluso en riesgo su propio estatus, el sistema cultural, político y económico dominante? ¿Hasta qué punto no somos responsables de que nuestra misma razón de ser haya quedado tan erosionada? ¿Qué tienen para decir respecto de esto los cineastas, escritores, periodistas, editores, distribuidores, docentes, artistas visuales, músicos, libreros, bibliotecarios... e incluso usted, querido lector de estas páginas? Si tanto nos duelen la caída en la cantidad de lectores de libros y la desaparición abrupta de los grandes periódicos (salvo el *NY Times*, los otros diarios norteamericanos y europeos perdieron el grueso de sus lectores en el lapso de unos pocos años) y tanto nos preocupa que no haya audiencia para el cine independiente, que no haya más vida para la industria discográfica o que nadie se digne a pagar por la canción o la película que baja de internet, ¿cómo es posible que los actores culturales, así como son víctimas, no sean también responsables de esta catástrofe?

La evaluación que Pasolini hacía de la cultura está más cerca de aquel *Mundo feliz* (*Brave New World*) descrito por Aldous Huxley en 1931 que de ese otro mundo que George Orwell pintó quince años después en su novela *1984*. Y es que no somos las víctimas del Big Brother, sino sus cómplices. Tomamos deliberadamente esa pastilla, la "soma" imaginada por Huxley, para no sentir angustias ni padecer recuerdos densos, anulando así nuestra libertad.

Thomas Piketty, Joseph Stiglitz y otros economistas a trasmano de los patrones técnicos y morales del pensamiento imperante sostienen que, en las últimas décadas,

el disparado aumento en la desigualdad ha dañado al mecanismo mismo de la movilidad social propio de la democracia. Además, la espeluznante brecha entre pobres y ricos fue gradualmente empobreciendo a las capas medias, afectando en forma directa a los sectores involucrados en actividades culturales. La posición y las preocupaciones de esos sectores culturales se insertan, en las principales democracias, casi completamente dentro de la clase media, en la cual se ubica la gran mayoría de los artistas, escritores, periodistas, docentes y demás. La clase media es la primera que se beneficia cuando la vida cultural es rica y floreciente, y su mismo bienestar y destino como clase social está ligado a la suerte que corran esos sectores culturales. La caída simultánea de la clase media y la vida cultural desestabiliza a la democracia y jaquea la posibilidad de que otros sectores sociales menos favorecidos logren mejoras en su calidad de vida. Ya que la calidad de vida no es solo económica, sino también cultural.

En el mundo de hoy, de circunstancias probadamente adversas para buena parte de los actores culturales, la situación no hizo más que agravarse. Hasta en los países más prósperos, es enorme la cantidad de periodistas que, pese a tener experiencia y reconocimiento en su oficio, no pueden encontrar un trabajo acorde –o un trabajo a secas–; de escritores, también, que acaban viéndose obligados a hacer de la escritura un mero hobby; de cineastas independientes que crean películas “culturales” para un público que envejece año a año y que, salvo puntuales excepciones –muy celebradas por la prensa corporativa como expresiones de “la buena salud del cine”– van derecho a un futuro de hacedores de películas caseras sin difusión. Los que siguen trabajando en la prensa, el cine, la música o la publicidad podrían jactarse de haber pasado con éxito el desafío de un esquema a lo Darwin, pero ¿hasta cuándo? Y es que, en

cualquier ecosistema, en realidad, todos los elementos son interdependientes. Ningún artista puede sobrevivir solo, por más que su ego le indique lo contrario.

¿Cuántos artistas quedan que hayan sabido ser a la vez rigurosos y populares, sin descuidar el rol cívico que desempeñan? Quizás un puñado, nomás. ¿Y cómo hacemos para llegar a ellos a través del copioso universo de internet con sus agujeros negros y su fragmentación digital de la *res publica*? ¿Cuántos escritores, fotógrafos, periodistas, actores, pintores, editores y cineastas han abdicado del rol de ser un contrapeso al poder establecido? Con sus voces hoy silenciadas o inaudibles, cayó sobre ellos el destino del autoexilio. La polis ya no los necesita. La polis no quiere verlos ni escucharlos. Lo único que quiere la polis es distracción escapista, como en los últimos días del Imperio Romano.

Por eso hoy, más que nunca, lo que hace falta son hombres y mujeres auténticamente independientes y desafiantes en el arte, el periodismo, la investigación, la docencia, la edición, la ciencia. El artista que supo ser al mismo tiempo estricto y popular, entidad libre y figura pública, como lo fue Pasolini frente a las cámaras de la televisión italiana, ese artista ha quedado proscrito en el nuevo orden mundial. El artista, ese objeto de tanta admiración durante tanto tiempo, se bifurcó en dos imágenes antagónicas: el Gran Artista y el militante oscuro. El primero lo que hace es buscar maneras cada vez más sofisticadas de no decir nada, labrando con ese vacío un estilo, una firma, en definitiva, una “marca”. Y el segundo entre tanto se vuelve un ferviente predicador de su mensaje de cara a tres o cuatro acólitos que lo escuchan (¿de cara a ustedes, tres o cuatro lectores de este libro?).

Lo que está claro es que todos, hasta los más establecidos, hoy nos encontramos luchando para sobrevivir. En el futuro, fuera de un grupo de estrellas y un puñado de hacedores de éxitos comerciales más bien excepcionales, muy poca gente será capaz de vivir de su arte. Por supuesto que es posible que un nuevo modelo económico se desarrolle gracias a (o por culpa de) internet. Pero, por el momento, nada insinúa que pueda surgir una escena cultural auténtica que sea capaz de brindar un medio –aunque sea modesto– de vida a esa comunidad global de artistas comprometidos con la grave tarea de preservar, transmitir y reinventar nuestra cultura.